

dad Popular, donde se enuncia la preocupación por colocar fin a la cesantía por medio de la creación de trabajos públicos, traduce una sentida aspiración de la izquierda. En la campaña de 1964, el dibujo de un niño desarreglado —al parecer llorando— indicando «Yo *tamién* soy chileno», es claramente una llamada de atención demócrata cristiano frente a la pobreza y la marginalidad que en dicha campaña se comprometía a combatir.

Entre otros temas, la autora también se pregunta si al final en 1973 fue mayor la pérdida de la revolución o la de la democracia. Responde que la mayor pérdida fue la democracia. El valor de las libertades se constata cuando se pierden. Y este libro precisamente examina la historia del proceso previo a la eclosión que experimentó primero el deterioro y luego el derrumbe de la convivencia democrática y civilizada. En este sentido Isabel Torres enuncia también que la historia sirve para aprender de los errores del pasado.

Mario VALDÉS URRUTIA

Leopoldo Marechal, *La Patria. Antología*, Buenos Aires, Ed. Vórtice, 2014.

El segundo volumen publicado dentro de la colección «Homenajes» de la editorial Vórtice viene con yapa, pues la publicación de esta selección de textos de Marechal cuenta con la colaboración de la Fundación Leopoldo Marechal, a cargo de sus hijas María de los Ángeles y María Magdalena.

Marechal no es desconocido para nuestros lectores. *Fuego y Raya*, en la sección Documentos del número 3 (2011), publicó su conferencia «Simbolismos del Martín Fierro», que presentó Andrés Lagalaye, y a la que reenviamos. Sólo diré aquí que Leopoldo Marechal, dramaturgo, poeta, novelista, ensayista, fue una de las más brillantes plumas argentinas del siglo XX. Su cuantiosa obra no está

totalmente editada y muchas de sus colaboraciones todavía están escondidas en numerosas revistas y en archivos personales. Esto último ha sido un problema, pues varios textos suyos circularon en versiones diferentes. Precisamente la participación en este libro de la Fundación Marechal viene a discernir el original de los trabajos, corrigiendo ediciones espurias y no autorizadas.

A pesar de no ser un desconocido, Leopoldo Marechal es poco recordado y me atrevería a decir que por dos motivos. Primero y principal, por ser peronista ya que, consecuente con Perón, él mismo se llamó a silencio casi sepulcral luego de 1955. Se llamó a sí mismo «el poeta depuesto». Segundo, por ser católico, en un país cada vez más agnóstico como la Argentina; y católico con posiciones políticas encontradas, pues si es evidente su visceral antiliberalismo en toda su obra, lo es también el giro socialista de la última época, a tono con los cambios eclesiales.

Pero más allá de los vaivenes políticos y personales (su segundo matrimonio parece haber sido perjudicial para el escritor y su familia), hay en Marechal un afán patriótico —que no nacionalista— impercedero. Y este libro da cuenta de ello.

Su hija María de los Ángeles nos presenta una «Bio-Cronología de Leopoldo Marechal», en la que señala los momentos más importantes de su vida, los hitos dentro de su producción literaria y los acontecimientos políticos y familiares que fueron marcando a su padre. A esta presentación sigue otra, del propio Leopoldo, publicada en 1973 (tres años después de su muerte) bajo el título «Los puntos fundamentales de mi vida», sencillo y esclarecedor ensayo en el que el poeta muestra toda su pasión argentina y declara estar comprometido sólo con el Evangelio de Jesucristo.

Sigue «Autopsia de Crespo», texto extraordinario que viera la luz en 1965 y que nos da la clave del pensamiento económico, social y político de Marechal: su definitiva repugnancia por la inversión de la jerarquía de los bienes, por la hodierna primacía de lo material por encima de lo espiritual; repugnancia por el economismo que aplasta a la política y distorsiona la religión; melancolía de un orden natural en el que todo engrana en vista del fin sobre-

natural del hombre. Sólo la reedición de este valioso ensayo vale el libro.

Los poemas «De la Patria joven» (1925) y «La bandera» (1944) son el aperitivo a su bellísimo «La Patria» de 1960, poema de amor («La Patria es un amor en el umbral») y dolor («La Patria es un dolor que aun no sabe su nombre»), tan peculiar suyo y tan universal al mismo tiempo. Todos sus versos contrastan con las peroratas nacionalistas e izquierdistas, incluso con el sílabo peronista; no hay lugar a la vulgaridad histórica o política. Hay, sí, un recóndito hueco en el que cobijar la esperanza: «Todavía no es tiempo, / no es el año, ni el siglo ni la edad», porque la esperanza traspasa el tiempo, como la Patria: «la Patria debe ser una provincia / de la tierra y del cielo».

En «La fundación espiritual de Buenos Aires» (1936) volvemos a encontrarnos con el católico firme, capaz ahora de mostrar una teología de la historia que quiere dejar a Dios escribir los renglones singulares. En «Sobre la inteligencia argentina» (1941) da cuenta ya de la degradación de los intelectuales patrios, «la servidumbre de los malos imitadores».

Siguen otros textos, a mi ver de menor valía, para concluir con el póstumo ensayo autobiográfico «El poeta depuesto» (1970), que es algo así como su testamento político-espiritual al mismo tiempo que una radiografía de la decadencia argentina, en la que él ya no tiene que ver, pues es «el poeta, que se vio excluido de la intelectualidad argentina por seguir un pendón a su entender indeclinable». Pendón indeclinable que, para terminar, tiene dos caras: si en lo más inmediato es, para Leopoldo, la bandera peronista; en lo más profundo, en lo más hondo de su corazón, es la Patria, a la amó con dolor y a la que esperó hasta la muerte.

Juan Fernando SEGOVIA